

ENSAYO EN EL PAISAJE AMERICANO (1836)-Thomas Cole

Traducido por José María Gálvez Caballero, 2025

I. Introducción

Este ensayo, que aquí se ofrece, es un mero boceto de un tema sin límites—el paisaje americano—y en seleccionar el tema el escritor puso mayor confianza en esa riqueza rebosante que en su propia capacidad de tratarlo en un estilo que valiera su vastedad e importancia.

Es un tema para el cual cada americano tendría que ser de interés enorme; pues, si acaso observase al *Hudson* mezclando aguas con el Atlántico—explorando el centro salvaje de este amplio continente, o de pie ante los márgenes del lejano Oregón, sigue en mitad del paisaje americano—es en esto su propia tierra; su belleza, su magnificencia, su sublimidad—todo es suyo ¡Y qué poco merece tal privilegio si acaso lo encuentra con un ojo poco observador, con un corazón insensible!

Antes de entrar al tema en cuestión, en el cual deberé tratar en particular el paisaje de los estados del norte y este [de EEUU], debo excusarme para decir unas cuantas palabras sobre las ventajas de cultivar un gusto por el paisaje, y para exclamar contra la apatía con la cual las bellezas de la naturaleza externa son vistas por la gran masa, incluso la de nuestra refinada comunidad.

1. La contemplación del paisaje como fuente de placer y mejoría

Se admite generalmente que las artes liberales suelen enternecer nuestros modales; pero hacen más—llevan consigo el poder de remendar nuestros corazones.

La poesía y el arte subliman y purifican el pensamiento, mediante tomar el pasado, presente y el futuro—dan a la mente los precursores de su inmortalidad, así preparándola para hacer una parte exaltada entre las realidades de la vida. Y la naturaleza rural está llena del mismo espíritu acelerador—Es, de hecho, la mina infinita de la cual el poeta y el artista han traído tan maravillosos tesoros—una fuente sin fallo de disfrute intelectual, donde todos puedan beber y ser despertados a un sentimiento más profundo de las obras del genio, y una percepción más aguda de la belleza de nuestra existencia. Será que aquellos días se consumen enteramente en las búsquedas bajas de la avaricia, o las frivolidades horteras de la moda, que no observan lo encantador de la naturaleza, son inconscientes de la armonía de la creación—

La bóveda del cielo para ellos es solo un techo pintado y con lámparas colgado; nada más—Lo que les ilumina a sus propósitos—ellos merodean “suelos”; no ven nada, salvo ellos mismos y criaturas como ellos mismos, de poca vida y poca vista.

¿Qué es para ellos las páginas de un poeta donde describe o personifica los cielos, las montañas o los arroyos, si acaso esos objetos nunca han suscitado la observación o un placer emocionante? ¿Qué es para ellos el *Salvator Rosa* salvaje o es *Claude Lorrain* aéreo?

Hay una conexión casi inseparable en la mente humana entre lo hermoso y lo bueno, tal que si contemplamos uno lo otro parece presente; y un excelente autor dijo una vez, “Es difícil ver cualquier objeto con placer—a menos que desde donde emerge de emociones brutales y tumultuosas—sin sentir aquella disposición mental la cual tiende hacia la amabilidad y benevolencia; y seguro, lo que sea que cree tal disposición, por aumentare nuestros placeres y disfrutes, no puede ser cultivada en exceso.”

Parecería innecesario a aquellos que pueden ver y sentir, que yo me ponga a desvariar sobre lo encantador de campos verdes, la sublimidad de las grandes montañas, o la magnífica variedad del cielo; pero el número de aquellos que gozan de tales fuentes es comparativamente pequeño. Desde la indiferencia con la cual la multitud observa la belleza de la naturaleza, se podría asumir que ella fue innecesariamente rica en adornar este mundo para seres que no disfrutaban de sus adornos. Quienes olvidan su gloriosa herencia en búsquedas rastreras. ¿Por qué se hizo tan hermosa la tierra, o por qué se viste el sol en gloria al levantarse y ponerse, cuando todo podría ser desvestido de su belleza sin afectar la multitud insensata, para que puedan ser “iluminados hacia sus propósitos”?

No ha sido en vano—los iluminados buenos de toda edad y nación han dado con placer y consuelo en la belleza del suelo rural. Los profetas de la antigüedad se retiraban a la soledad de la naturaleza para esperar la inspiración divina. Fue en el monte Horeb donde Elías contempló el poderoso viento, terremoto y fuego; y escuchó la “aún pequeña voz”—¡AÚN se escucha esa voz entre las montañas! San Juan predicaba en el desierto—lo salvaje AÚN sigue siendo un lugar apto para hablar de Dios. Los anacoretas solitarios de Siria

y Egipto, aun ignorando que el ajetreado mundo es la esfera más noble de utilidad para el hombre, conocían bien cómo congenial a pensamientos religiosos eran las soledades sin camino.

Aquel que Contempla la naturaleza con un “ojo amante”, no se puede desplazar de su hogar sin el saludo de la belleza; incluso en la ciudad el profundo cielo azul y las nubes en movimiento le llaman la atención. Y si para escapar su perturbación—si acaso para obtener un horizonte libre, la tierra y el agua en un juego de luces y sombra produce gozo—que sea transportado a esas regiones favorecidas, donde los atributos de la tierra sean más variados, o mejor añade el atardecer, esa corona de gloria diaria ceñida al mundo, y él, verdaderamente, beberá de la copa más pura del placer. El gozo que tal hombre experimenta no es meramente sensual o egoísta, eso se va con la ocasión dejando ninguna huella a su paso; pero observando la creación pura del mismísimo, sentirá un tono tranquilo religioso secuestrar su mente, y cuando vuelva a juntarse con sus compañeros, las cuerdas que fueron tañidas en esa dulce comunión no dejarán de haber vibrado.

En lo que he dicho he aludido a un paisaje salvaje e inculto [sin cultivar]; pero lo cultivado no ser olvidado, pues sigue siendo más importante al hombre en su capacidad social—necesariamente poniéndole en contacto con lo cultivado; rodea nuestros hogares, y, aun falto de la sublimidad severa de lo salvaje, su espíritu más silencioso se cuela tiernamente en nuestros lechos junto con mil afecciones domésticas y asociaciones cercanas al corazón—las manos humanas lo han forjado, y las acciones humanas lo utilizado al completo.

Y es aquí que el gusto, que es la percepción de la belleza, y el conocimiento de los principios en la cual la naturaleza funciona, puedan ser aplicados, y hacer aptos nuestros hogares para seres intelectuales y refinados.

1. Las ventajas de cultivar un gusto por el paisaje

Si, entonces, es verdaderamente cierto que la contemplación del paisaje pueda ser una fuente tan abundante de mejoría y disfrute, un gusto por ello sería ciertamente valioso de una cultivación particular; pues la capacidad de su disfrute aumenta con el conocimiento de los verdaderos medios para obtenerlo.

En estos tiempos, cuando un rácano utilitarismo parece estar listo para absorber cada sentimiento y emoción, y lo que a veces se llama mejoría nos hace temer que las tiernas y brillantes flores de la imaginación vayan a ser aplastadas todas bajo su pesado acero en su marcha, nos sería bueno cultivar el oasis que aún nos queda, y así preservar el germen de un futuro sistema más puro. Y ahora, cuando el atractivo de la moda se extiende ampliamente sobre la sociedad—envenenando los arroyos sanos del refinamiento puro, y transformando hombres del amor a la simplicidad y belleza a una idolatría absurda de sus propias estupideces—el llevarles tranquilamente a los caminos del placer del gusto podría ser un objetivo que valiese los esfuerzos más altos de genio y benevolencia. El espíritu de nuestra sociedad es consumir pero no disfrutar—trabajar para producir más trabajo-acumulando para engrandecerse. Los placeres de la imaginación, entre los cuales el amor del paisaje toma un lugar conspicuo, templará por sí solo la dureza de tal situación; y, como la atmósfera que suaviza las formas más rugosas del paisaje, colocará un velo de tierna belleza sobre las asperezas de la vida.

Si nos lo permitiera nuestros límites yo expondría más aún sobre cuán necesario es el estudio del paisaje para la apreciación completa de las bellas artes, y cómo conduce a nuestra felicidad y bienestar el estudio y esas artes; pero ahora deberé proceder al tema propuesto de este ensayo—¡El paisaje americano!

2. Los elementos del paisaje americano

Hay aquellos a través de quienes mantienen, ya sea por ignorancia o prejuicio, que el paisaje americano posee poca cosa interesante o verdaderamente bella—que es bruto sin ser pintoresco, monótono sin ser sublime—y faltando aquello de los vestigios de la antigüedad, cuyos efectos afectan tan fuerte a la mente, hace que no seas comparable con el paisaje europeo, pero ¿De dónde vienen esas opiniones? Viene de Aquellos que han leído sobre el paisaje europeo, o las montañas griegas y cielos italianos, y que nunca se preocuparon en mirar los propios; y de aquellos viajeros cuyos ojos nunca se abrieron a la belleza de la naturaleza hasta que contemplaron tierras extranjeras, y cuando se esfumaron esas tierras de la vista se volvieron a cerrar para siempre; rechazando destruir esas impresiones transatlánticas mediante la observación del paisaje americano, menos famoso y menos de moda. Dejemos que esas personas se encierren en su cáscara hueca de prejuicios—Que espero que sean pocas—y la comunidad aumentará en inteligencia, sabiendo cómo apreciar mejor los tesoros de su propia patria.

No tengo deseo alguno de reducir en vuestra estima la escena gloriosa del viejo mundo—ese suelo que ha sido el mayor teatro de eventos humanos—esas montañas, bosques y arroyos, sacralizadas en nuestra mente por gestas heroicas y cantos inmortales—a través del tiempo y el genio se han mantenido en un halo imperecedero. ¡No! Pero me gustaría que se recordase que la naturaleza ha tendido sobre esta tierra belleza y magnificencia, y aunque el carácter del paisaje será distinto al del viejo mundo, no se puede asumir por ello una inferioridad; aunque el paisaje americano esté falto de muchas de las circunstancias que dan valor al europeo, sigue teniendo atributos, y algunos gloriosos, desconocidos por Europa.

1. Lo salvaje

Han pasado unas pocas generaciones desde que esta gran parte del continente americano, ahora los EEUU, descansase a la sombra de bosques primigenios, cuyo espacio era llenado de bestias salvajes y hombres un tanto menos salvajes; o entre esas grandes llanuras herbáceas llamadas praderas—

Los jardines del desierto, esos campos sin poda, sin límites y plenos de belleza. Y, pese a que viniese un incremento de gente ilustrada a intruir en esta soledad, y con una actividad y poder que trajo cambios que parecerían magia, el mayor distintivo y quizá la característica más impresionante del paisaje americano es lo salvaje que es.

Es su mayor distintivo, porque en la Europa civilizada los atributos primigenios del paisaje ya llevan mucho destruidos o modificados—los extensos bosques que una vez hicieron sombra a una gran parte de ello han sido talados—las afiladas montañas han sido redondeadas, y los ríos imparables han cambiado sus cursos para acomodarse al deseo y necesidad de una población densificada—La una vez liosa arboleda ahora es un césped de hierbas; el riachuelo turbulento ahora es un arroyo navegable—picachos que no podían ser eliminados han sido coronados con torres, y los valles más cabezones han sido domados por el arado.

Y este estado cultivado del mundo occidental está en nuestros talones; pero la naturaleza sigue siendo predominante, y hay aquellos que se arrepentirían que con las mejoras de cultivación se tuviera que extinguir sin sentido lo sublime de lo salvaje: son esas escenas de soledad desde la cual la mano de la naturaleza nunca se ha tenido que desplaza, las que afectan a la mente con emociones de tonos más profundos que aquellos donde la mano del hombre ha tocado. Entre ellos las consecuentes correspondencias con Dios creador—Son sus obras sin humillar, y la mente está destinada a la contemplación de lo eterno.

2. Montañas

Como las montañas son el objeto más visible del paisaje, precederán lo que vaya a decir sobre los elementos del paisaje americano.

Es verdad que en la parte oriental de este continente no hay montañas que compitan en altitud con los Alpes coronados de nieve, que los Alleghanies y los Catskills no llegan en ningún punto a una altura mayor de mil quinientos metros; pero esto es una altura considerable; Snowdon en Gales y el Ben-Nevis en Escocia no son más grandes; y en New Hampshire, también apodada la Suiza de EEUU, las White Mountains casi sobrevuelan la región de nieves perpetuas. Los Alleghanies son en general corpulentos; pero los Catskills, aunque no está en ángulos rotos y repentinos como las montañas más pintorescas de Italia, tienen siluetas variadas, onduladas y muy hermosas—expulsan el valle del Hudson como la neblina por el océano tras una tormenta.

...

Pero en las montañas de New Hampshire hay una unión de lo pintoresco, lo sublime y lo magnífico; allí los picos desnudos de granito, rotos y lejanos, rascan las nubes; mientras los valles y bases anchas de las montañas descansan bajo la sombra de un bosque noble y variado; y el viajero que pasa por la serranía de Sandwich en su ruta hacia las White Mountains, de las cuales es un tramo, no pueden sino apreciar, que aunque algunas regiones del globo la naturaleza ha tomado una escala estupenda, no ha tenido en lado alguno una unión de grandeza y encanto así—allí ve lo sublime fundiéndose con lo hermoso, lo salvaje templado por lo magnífico.

3. Agua

Ahora hablaré de otro componente del paisaje, sin el cual cualquier paisaje queda defectuoso—es el agua. Como el ojo en el rostro humano, es un atributo muy expresivo: en el lago calmo, que refleja todo lo que le rodea, tenemos la expresión de tranquilidad y paz—En el rápido arroyo, la catarata a la cabeza, tenemos la turbulencia e impetuosidad.

a)Lagos

En este gran elemento del paisaje, ¿Qué tierra es tan rica? No hablaré de los Great Lakes, que son de hecho mares interiores—poseyendo muchos atributos de los océanos, aunque faltos de su sublimidad; sino de aquellos lagos menores, como el lago George, Champlain, Winnipisiogee, Otsego, Seneca, y mil otros, que quedan como gemas en el regazo de este país. Hay una cualidad genial en casi todos estos lagos—la pureza y transparencia del agua. En hablar de paisaje parecerá innecesario mencionarlo; pero independientemente del placer que todos tenemos en contemplar el agua pura, es una circunstancia que contribuye enormemente a la belleza del paisaje; pues los reflejos en los objetos que lo rodean, los árboles y montañas y cielo, son lo más perfectos en el agua más clara, y lo más perfecto es lo más bello.

...

No sería así decir que estos lagos sean siempre tranquilos, sino que la tranquilidad es su mayor característica. Hay veces que toman una expresión mucho más distinta, pero en escenas como esas, las cuerdas más ricas son aquellas tañidas por las manos tranquilas de la naturaleza.

b) Cascadas

Ahora debo tornarme a otro de los embellecedores de la tierra—La cascada; en donde el mismo objeto a la vez presenta a la mente la idea hermosa pero aparentemente incongruente idea de quietud y movimiento—una misma existencia en la cual percibimos cambio imparables y duración infinita. La cascada podrá ser llamada la voz del paisaje, porque, al contrario que las rocas y bosques que sueltan sonidos como instrumentos pasivos tocados por los elementos, la cascada toca sus propias cuerdas, y las rocas y montañas hacen eco en un rico unísono. Y esta es una tierra abundante en cataratas; ¿Dónde iremos en estos estados del norte para no encontrarlas? ¿No tenemos acaso el Kaaterskill, Trenton, el Flume, el Genesee, el estupendo Niágara, y otros cien nombrados y sin nombre, cuya excesiva belleza debe ser reconocida cuando la mano del gusto las deba señalar?

En el Kaaterskill tenemos un arroyo, diminuto realmente, pero lanzándose de lleno sobre un precipicio temible hacia un profundo hoyo de montañas densamente arboladas—y poseyendo una característica singular en la gran cueva arqueada que se extiende por debajo y detrás de la catarata. En Trenton hay una cadena de cascadas de belleza remarcable, donde las aguas espumosas, sombreadas por picos empinados, rompen sobre rocas de formación arquitectónica, y unos árboles enredados y pintorescos arropan los precipicios abruptos, que sería fácil imaginarse derrumbándose y el “tiempo separando las torres.”

¡Y el Niágara! ¡Esa maravilla del mundo!—donde lo sublime y lo hermoso se unen en una cadena inseparable. En verlo nos sentimos como si un gran vacío hubiese sido llenado en nuestras mentes—se expanden nuestras concepciones—¡Nos volvemos parte de lo que contemplamos! A nuestros pies la crecida de mil ríos se vierte—los contenidos de grandes mares de interior. En su volumen concebimos inmensidad; en su curso, duración eterna; en su impetuosidad, poder incontrolable. Estos son los elementos de su sublimidad. Su belleza es engalanada a través de los variados tonos del agua, en el espray que sube al cielo y en el arco sin rival que forma una cinta completa alrededor del caudal que nunca descansa.

c) Ríos

El paisaje de río de los Estados Unidos es un tema rico y sin límites. La magnificencia natural del Hudson es insuperable ¿Qué puede ser más hermoso que las anchuras como lagos de grande del Tapaan y Haverstraw, vistas desde los ricos huertos de las colinas colindantes? Colinas que tienen una leyenda, que ha sido contada de manera tan dulce y admirable que no perecerá hasta que sea junto con la lengua de la tierra ¿Qué puede ser más imponente que las mesetas precipitosas, cuyas bases oscuras han sido ocupadas para hacer paso al profundo río? Y, ascendiendo más aún, ¿Dónde podemos encontrar escenas que más aún encanten? Los altos Catskills quedan lejanos en las colinas verdes que levemente ascienden del caudal, yéndose como escalones por los cuales uno asciende a un templo magno, cuyos pilares son esas colinas atemporales, y cuya cúpula es la celeste bóveda sin frontera alguna.

El Rin tiene sus picos con castillos, sus colinas de viñedo y sus pueblos antiguos; el Hudson tiene sus montañas arboladas, sus rocosos precipicios, sus costas verdes ondulantes—una majestad natural, y una capacidad sin límites de mejora por el arte. Sus cosas no están espolvoreadas con ruinas veneradas o los palacios principescos; pero hay ciudades en flor, y villas bonitas, y la mano del buen gusto ya ha estado laborando. Sin estrechar mucho la imaginación podremos anticipar el tiempo cuando las amplias aguas reflejarán templo, torre y cúpula, en cada variedad de pintoresquedad y magnificencia.

4. Bosques

En el paisaje de bosque de los EEUU tenemos aquello que ocupa el mayor espacio, y no es en menor cantidad importante; siendo primitivo, difiere mucho del europeo. En el bosque americano encontraremos árboles en cada estadio de vida vegetal y decadencia—el brote fino emerge a la sombra del sobrio árbol, y el gigante en su excelencia queda por donde el vejez patriarca del bosque—en el suelo caen prostrado las filas decadentes que una vez movieron sus verdes copas al sol y al viento. Estas son circunstancias productivas de gran variedad y pintoresquedad—masas verdes umbrías—troncos grandes y sueltos—ramas contorsionadas apuntando en alto al cielo—los muertos calcinados abajo, amortajados en musgo de cada tono y textura, con combinaciones más ricas que las que se pueden encontrar en jardines bien podados y plantados. Es verdadero que el bosque clareado y cultivado ofrece menos obstrucciones al andar, y los árboles ponen sus ramas más horizontalmente, siendo consecuentemente más umbríos cuando se toman individualmente; pero el verdadero amante de lo pintoresco apenas se fatiga—y los árboles que crecen con mucha distancia suelen coger anchuras en forma, y se parecen entre ellos demasiados como para ser pintorescos. Los árboles son como los hombres, varían mucho en carácter; en sitios protegidos o bajo la influencia de la cultura, muestran unos pocos puntos de contrastes; las peculiaridades se cortan y amoldan hasta que haya un parecido general. Pero en situaciones expuestas, salvajes y sin cultivar, batallan con los elementos y uno contra el otro para la posesión de un pedazo de suelo, o una roca favorecedora a la que encaramarse—exhiben peculiaridades chocantes, y a veces gran originalidad.

Para variar, el bosque americano no tiene rival: en algunos distritos se encuentran robles, álamos, chopos, encinas, pinos y muchas otras variedades de árbol, juntados—vistiendo las colinas con cada tonalidad de verde, y con cada variedad de luz y sombra

...

Hay una temporada cuando el bosque americano sobrepasa al mundo entero en belleza—es en lo otoñal; entonces cada colina y margen se llena con lujos de color—cada tono está ahí, desde el verde más vivo al púrpura más profunda y amarillo más dorado al escarlata más intenso. El artista mira desesperanzado al paisaje brillante, y en el mundo antiguo su imitación más verdadera del bosque americano, en esta temporada, se llama en falso como brillo, y escenas de la tierra de las hadas.

5. Cielo

El cielo demandará nuestra atención para lo siguiente. El alma de todo paisaje, en él hay fuentes de luz, sombra y color. Cualquier expresión que tome el cielo, los atributos del paisaje cambian al unísono, ya sea con la serenidad del azul veraniego o el tumulto oscuro de la tormenta. Es el cielo lo que hace la tierra tan encantadora al amanecer y tan espléndida al atardecer. En uno inspira sobre la tierra el éter cristalino, y en el otro un oro líquido. El clima de gran parte de EEUU es sujeto a grandes vicisitudes, y nos quejamos; pero la naturaleza ofrece una compensación. Estas mismas vicisitudes son una abundante fuente de belleza—como tenemos la temperatura de cada clima, igual son los cielos—tenemos las profundidades azules inalcanzables del cielo del norte—tenemos las nubes de tormenta subidas de la zona tórrida, llenas de voluptuosidad y sublimidad—tenemos la neblina grisácea de Inglaterra, y la atmósfera dorada de Italia. Y si aquel que ha viajado y observado los cielos de otros climas gastase unos cuantos meses en la ribera del Hudson, se obligará a reconocer que en variedad y magnificencia los cielos americanos son inimitables. Los cielos italianos han sido alabados por cada lengua y cantados por cada poeta ¿Quién negará su gran belleza? Al atardecer el arco sereno se llena con una alquimia que transmuta las montañas, arroyos y templos en un oro vivo, pero el verano americano nunca pasa sin muchos atardeceres que quizá compitan con el italiano, y muchos aún más hermosos—que parecen peculiares a este clima.

1. Conclusión

1. La destrucción de paisajes hermosos

Era mi intención hacer una descripción de varios distritos notorios por su pintoresquedad y carácter americano genuino; pero temo hacer más intrusiones en vuestro tiempo y paciencia. Aunque no puedo sino expresar mi pena que la belleza de tales paisajes están extinguiéndose—los destrozos del hacha están aumentando a diario—las escenas más nobles están quedándose desoladas, y muchas veces con un deleite y barbarismo poco creíble en una nación civilizada. Los márgenes se quedan sin sombra, y otra generación observará pasos, ahora llenos de belleza, desacrados por algo que llaman mejora; que, hasta ahora, generalmente destruye la belleza natural sin sustituir la del arte. Esto es un gran arrepentimiento más que queja; tal es el camino que la sociedad tiene que atravesar; quizá llegue a refinamiento al final, pero el viajero que vea el lugar de descanso cerca, desprecia el camino que tenga tantos desvíos innecesarios.

2. Aún estamos en Edén

Ahora concluiré, en esperanzas que, aun pedido ligeramente, la importancia de cultivar un gusto por el paisaje no sea olvidado. La naturaleza nos ha hecho para nosotros un banquete delicioso y rico ¿Nos daremos la vuelta? Aún seguimos en el Edén; el muro que nos echó del jardín es nuestra propia ignorancia y simpleza. No deberíamos permitir que las palabras del poeta se apliquen a nosotros—

¿Se queja el ganado en un rico paso? No es así, pero su dueño le es denegado compartir esa dulce serenidad.

Ojalá en momentos nos alejemos de las búsquedas ordinarias de la vida para el puro disfrute de la naturaleza rural; que es para el alma como una fuente de aguas frescas para el viajero cansado; y dejémonos aprender las leyes con las cuales el eterno sublima y santifica sus obras, que así veamos la gloria escondida tras un velo contra ojos vulgares.

MLA Citation: Cole, Thomas. "Essay on American Scenery". *American Monthly Magazine* 1, (January 1836) 1-12

Hand-written manuscript is located in the Thomas Cole Papers of the New York State Library, Albany, NY